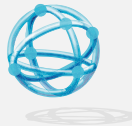


Tema de la Semana:

El acuerdo entre EEUU e Iran



IMAGINACION
CONSULTORES

Imposible no hacer referencia al acuerdo débil logrado entre Irán y Estados Unidos. Esto, porque el G7 estuvo marcado también por lo que ocurre en Medio Oriente, así también lo quiso Donald Trump.

El protocolo de acuerdo firmado no es de cerca un tratado de paz. Lo que a simple vista parece un triunfo de la diplomacia es, en realidad, un pacto transaccional nacido de la desesperación mutua. Este memorándum de sesenta días no se construyó sobre ideales o consensos internacionales, sino sobre el miedo al colapso en ambos bandos. Se negoció con la mediación inusual de Pakistán —una prueba de que las instituciones tradicionales han quedado obsoletas— bajo dos presiones letales. Por un lado, Donald Trump enfrentaba la guillotina de las elecciones de mitad de mandato; el bloqueo iraní en el Estrecho de Ormuz amenazaba con vaciar las reservas energéticas globales hacia el otoño y desatar un shock inflacionario en los combustibles que castigaría al Partido Republicano, por lo que necesitaba frenar la guerra urgentemente y colgarse un trofeo en medio del G7. Por otro lado, Teherán operaba asomado al abismo, con un Líder Supremo muerto cuyo sucesor llevaba más de cien días oculto, una inflación del 84%, exportaciones de crudo desplomadas por el bloqueo naval y daños en infraestructura equivalentes a la mitad de su PIB. El régimen estaba a un apagón de distancia de enfrentar un nuevo estallido social masivo.

La gran paradoja de este pacto es que quien cedió más en el papel fue precisamente quien lanzó las primeras bombas, por lo tanto, es visto como un perdedor. El señor Trump intentará comunicarnos de manera insistente que ha logrado una victoria, logrando que la gasolina baje y Ormuz se reabra, pero cargando con el mayor fracaso de política exterior estadounidense desde Irak. Intentó quebrar a Irán con poder militar y terminó ofreciéndole un rescate financiero, abandonando todos sus objetivos iniciales: no logró un cambio de régimen, no dismanteló el programa nuclear y no frenó a las milicias aliadas de Teherán. Lo que observamos es la demostración que su disuasión tiene límites, e incluso más, que está dispuesto a pagar por la paz. En la otra vereda, el régimen iraní sobrevivió, confirmando que los ciudadanos que sufrieron la guerra y la represión fueron sacrificados como parte del juego de hacer el aguante. Irán sale fortalecido estratégicamente, pero profundamente fracturado en su interior. El poder está rotando de los clérigos a generales pragmáticos como Mohammad Bagher Ghalibaf, quienes ven en este pacto la oportunidad para atraer inversiones y emular el modelo de Arabia Saudí: relajar el control social a cambio de un dominio económico y político absoluto. Sin embargo, la línea dura se siente traicionada, ve el acuerdo como una trampa estadounidense para reponer crudo y volver a atacar, y aguarda en las sombras para sabotear a los pragmáticos si el alivio financiero no se materializa.

Las consecuencias directas del acuerdo dejan una serie de bombas de tiempo activadas. La más difícil de digerir "impuesto de protección" que se gesta en el Golfo Pérsico, ya que el paquete de reconstrucción de hasta 300.000 millones de dólares para Irán pretende ser financiado por las propias monarquías árabes, obligándolas a pagar para sostener a la misma teocracia que las bombardeó. Además, el señor Benjamin Netanyahu, el aliado de esta guerra, terminó marginado sin recibir siquiera una copia del acuerdo antes de su firma, y la negativa de Israel a retirar sus tropas del Líbano es la mecha encendida que amenaza con dinamitar la frágil tregua. Simultáneamente, Irán recupera su capacidad exportadora, pero se guarda la carta de cobrar peajes futuros en el estrecho de Ormuz, manteniendo su control sobre la yugular energética global.

El planeta que deja este acuerdo es la consolidación que Estados Unidos no es la potencia que fue por largas décadas. Es cierto que esta guerra generó consecuencias que veremos por largos meses, como la inflación acarreada por el aumento de los combustibles -cuando el mundo comenzaba a relajar las tasas de interés-, pero lo más relevante es que la capacidad militar con toda la tecnología, tiene límites. Por otro lado, China se sigue posicionando como la alternativa ante la incertidumbre que genera el señor Trump. El señor Xi con pragmatismo, intenta poner a Pekín como un actor mediador. En definitiva, esta semana el señor Trump y su liderazgo queda esta semana particularmente aislado. Sus aliados en Medio Oriente han terminado debilitados y cuestionando su influencia, con el señor Netanyahu en especial han tenido episodios violentos. A lo anterior, pero alejado de estos acontecimientos, la primera ministra italiana Giorgia Meloni, decidió suspender su viaje a Estados Unidos agendado para los próximos días, después que el señor Trump dijera públicamente que ella le "suplicó" por una foto. La señora Meloni le respondió por redes sociales que ni ella, ni Italia suplican a nadie. El escenario actual, es que Viktor Orbán perdió las elecciones en Hungría, amigos en Italia ya no pueden ser considerados como tal, la única región a la cual puede seguir mirando con amabilidad es la nuestra. Acá hay aliados cercanos, como Javier Milei, Daniel Noboa, Nayib Bukele, otro no tan cercano como el presidente Kast, y a esa lista puede agregarse en corto plazo Abelardo de la Espriella en Colombia, y Keiko Fujimori en Perú.

Con todo, miramos con cierta euforia la reapertura de Ormuz y la consecuente caída del precio del petróleo, pero no parecen ser más que analgésicos para una economía global que le costará largo tiempo lograr recuperar algo el estadio preguerra. La inflación estructural está lejos de ser derrotada, y la desconfianza entre los actores globales seguirá, hasta tener verdaderas demostraciones de lealtades a las cuales estábamos acostumbrados. El espacio otorgado a Irán en la región será una amenaza latente, lo que Israel lo toma como una situación que es un bálsamo para los ortodoxos.